

## El primer lunes de agosto

Esa noche, mi mujer y yo íbamos a asistir a un concierto. Ella insistió, antes de salir de casa, en que lo había ido mencionando a lo largo del mes. Sería verdad, pero me extrañaba no recordarlo.

Conducía hacia el centro de Málaga, en el trayecto del paseo marítimo, molesto por poder usar un solo carril, hecho que solo enardecía el tráfico que ya de por sí ralentizaba el trayecto a cualquier hora del día.

—¿No vas a decirme nada?

Contemplé a mi mujer, que, en el asiento de copiloto, abría los brazos como si esperase un abrazo. Aprovechando el semáforo en rojo eché un buen vistazo, pero no hallé nada en ella que pudiese servirme de respuesta.

—Sí, estás muy guapa hoy.

Retomando la conducción, me pareció detectar que se cruzaba de brazos y fijaba su mirada a la ventana. Como toda persona que ha estado casada suficiente tiempo, entendía que algo no encajaba, pero no estaba para acertijos esa noche. Lo cierto era que el dichoso concierto me apetecía entre poco y nada.

Una vez aparqué el coche en el parking de la plaza de la Merced, subimos las escaleras, mi mujer dos peldaños por delante. Noté un ligero calambre en la rodilla. Lejos estaban las tardes ensayando con la Tuna durante horas en pie sin descanso.

Al salir a la calle, el terral se hizo palpable, y mi frente explotó en un sudor que quizás en otro contexto hubiera resultado menos irritante. Detestaba el mes de agosto y todo lo que conlleva: mareas de gente, la camisa pegada a la espalda con incómodas manchas bajo las axilas, y la sensación de no estar a gusto sin importar el resto de condiciones. Parecía de día la noche, de tanto que ardía.

Seguimos caminando en silencio. A la defensiva, volví a fijarme en su espalda en busca de algún detalle; joyería, quizás un nuevo corte o color de pelo. Fue inútil, por lo que desistí.

Cruzando la plaza, noté la vibración de mi móvil en el bolsillo. Respondí a varios mensajes de trabajo, guiándome por el rabillo del ojo.

—Podrás apagarlo mientras estemos en el concierto, ¿no?—preguntó mi mujer—. Se supone que mañana empiezan tus vacaciones.

—Claro. Es una simple cuestión de educación.

Se volvió y me dedicó una tímida sonrisa. Ni siquiera mis intentos por transmitirle mi desgana podían desanimarla, y aun frustrándome, resultaba admirable por su parte. En todos los matrimonios uno debe ceder de vez en cuando.

Otro mensaje. Volví a sacar el móvil.

*«¿Para qué necesitan las medidas de un ascensor a las nueve de la noche?»*

No había demasiada cola en el Cervantes, cosa normal, pues llegábamos con el tiempo justo y muchos estarían ya en sus asientos. Al llegar a la puerta, nos saludó un hombre ataviado de camisa y corbata, como yo.

—Buenas noches.

Mi mujer mostró las entradas. El lector QR hizo el resto, y entramos al recinto. Enseguida noté que la mayoría de personas iban vestidas igual que nosotros, como si acabasen de salir de su jornada laboral, a excepción de una pareja joven que lucía como si fueran a irse después a la playa.

*«Papá les habría dicho una cosa o dos al respecto».*

—No tengo tu capacidad para el desprecio—comentó él.

—El mundo necesita gente que odie y gente que ame—respondió ella.

—No lo creo. No necesitamos personas que odien.

—Por más que te empeñes, necesitáis siempre una cara opuesta para que vuestro amor tenga significado.

La chica dijo eso entre risas. Me resultó desconcertante. No sabía si hablaban o citaban a Romeo y Julieta.

*«Qué raros son estos niños de ahora».*

Recordaba perfectamente cómo era tener veintitrés o veinticinco, en aquella década en la que todo era urgente, pero no importante. La desidia, ventaja y voluntad de

vulnerar códigos era algo que añoraba, especialmente en noches como aquella. Yo también habría estado más cómodo en mangas de tirantes.

—Toma, anda.

Mi mujer me entregó un abanico oscuro, con grabado de flores y un par de varillas rotas, sus correspondientes ribetes colgando. Lo acepté de buena gana e inmediatamente le di uso.

—Gracias.

Nuestros asientos estaban en la segunda planta. Conocíamos el recorrido. Unos años atrás compramos los abonos para varias temporadas de la Filarmónica de Málaga. Esa noche, rememorábamos tiempos pasados. La programación consistía de las *Suites n.º 1 y 2 de Dafnis y Cloe*, obra de Ravel, y la *Sinfonía n.º 7 en mi menor* de Mahler.

Olvidé por qué dejamos de ir, pero tampoco era algo que echase en falta. Hacía tiempo que nada me conmovía. De la misma manera que mi afición al buen cine me alejó de las carteleras repletas de películas de superhéroes, la música clásica no me decía ya nada. Y sabía que poco tenía que ver con los intérpretes o los trabajos en sí. En la primera cita con mi mujer comenté que me gustaba la música de orquesta, y no mentí. Simplemente, había perdido la paciencia para sentarme durante largos minutos dedicados a algo así. La lectura era lo único que me quedaba, y eso en los días que podía sacar un rato.

«A ver si no tarda mucho en empezar».

—Mira—señaló mi mujer—. Encima del escenario. Es precioso.

Asentí. Lo era, al igual que en el resto de noches que habíamos acudido al Cervantes.

El abanico y el aire acondicionado eran de ayuda, pero tuve que aflojarme la corbata. El solo hecho de haber andado cinco minutos ya era suficiente actividad como para sentir que me faltaba el aire. Se me pasaría pronto, seguro, pero no lo hacía menos fatigoso.

Detrás de nosotros se sentó una pareja mayor. Comentaron el programa en lo que tardaron en salir los músicos. Viéndolos, pensé en mis padres. Fueron un buen ejemplo

de vida. Caminaba más fácil sobre sus huellas, por el camino trazado. De ellos aprendí que las cosas no tenían por qué ser tan complicadas.

El director saludó con una ligera reverencia al público. La gente aplaudió, yo no. Si iban a afinar ahora, ¿por qué narices empezaban tarde?

Aproveché los breves instantes antes de que diese comienzo para contestar al mismo compañero, que seguía escribiéndome por *whatsapp*. Pude sentir en mi piel la mirada de desaprobación de mi mujer, pero no era culpa mía. Tenía que hacerse, y punto.

—Ya voy—murmuré.

La anciana que se sentaba detrás carraspeó. No quise interpretarlo como que me mandaba callar por un simple comentario. Dos palabras, monosílabas. Nadie sería tan intransigente.

«*Menuda imbécil*».

Mi mujer se acercó, apoyando una mano en mi hombro.

—Si no querías venir, ¿por qué no me lo has dicho?

—No es que no quiera—repuse, manteniendo la voz baja—. Es que no me acordaba, eso es todo.

—Te dije una y otra vez: el primer lunes de agosto, no olvides reservar la noche del primer lunes de agosto, el 1 de agosto tenemos el concierto en el Cervantes...Me acuerdo hasta de dónde te dije cada una, vaya.

Escuché una queja sorda a mi espalda. Contuve el deseo de responder. Todavía no había dado comienzo el espectáculo.

—Déjalo, vamos a intentar disfrutar—dijo mi mujer, volviendo a su asiento—. Intenta dejar el trabajo fuera.

No era un mal consejo. Ella dedicaba más horas a su profesión que yo. Sin embargo, la ventaja que tenía trabajar en la universidad—haber estudiado allí, de hecho—, era que los compañeros de uno comprendían los límites entre lo laboral y lo personal, y se ceñían al horario establecido. También ganaba más dinero que yo, pero eso no me molestaba.

—A ver si podemos escuchar la música—comentó la molesta vecina sobre mi cogote.

Me acomodé en el asiento, empujando el respaldo con fuerza, justo cuando el director terminó de presentar las obras. Explicó que Mahler fue poco entendido en los comienzos, y que fue, gracias al interés que despertaba su complejidad en los mismos músicos, como acabó ganando mayor popularidad entre el público. Con el transcurso de los años fueron aprendiendo a apreciarlo, dijo él. Añadió más cosas, pero no lo entendí bien y, además, seguía molesto por la impertinencia de la señora.

Una vez la orquesta afinó, saltaron las primeras notas. Mientras, oía mi corazón, las pisadas de la gente, los asientos crujir, los abanicos agitados y las toses. Temí haberme quedado sordo a todo aquello al margen de lo cotidiano.

La cuerda frotada de un violín fue lo primero que distinguí. Tenía la sensación de haber estado en ese mismo instante en otro momento, aunque mi cuerpo resultaba pesado, mi barriga asomando más de lo que recordaba por encima del cinturón, tensando los lados de la camisa casados por el botón.

*«Es increíble que siga haciendo calor dentro, qué asco de tiempo».*

Me abaniqué con más fuerza, y de nuevo la señora a mi espalda tosió. No podía ser casualidad, pero llegados a ese punto solo quería hacer caso del consejo de mi mujer e intentar aprovechar la experiencia. Considerando que ya habíamos pagado por ello, no iba a salirme por una tontería.

Durante los primeros compases no dejé de darle vueltas a lo fácil que resultaba ser cordial con los demás; cumplir un mínimo, facilitar la convivencia a otros. ¿Qué necesidad había de quejarse ante lo más mínimo? ¿Acaso le impedían uno o dos comentarios o gestos sin importancia escuchar a decenas de instrumentos a la vez? Con los clientes pasaba exactamente lo mismo. Los ascensores se rompían, las obras a veces tomaban más tiempo del previsto...en definitiva: las personas no son máquinas.

Antes de darme cuenta, había vuelto a pensar en el trabajo sin necesidad de sacar el teléfono móvil. Al menos así mi mujer no se daba cuenta.

Como hilo sonoro de fondo ante la tormenta en mi cabeza, Ravel no estaba nada mal. A mi mujer le apasionaba, pero cuando hablaba de compositores clásicos me daba la impresión de que todo le resultaba digno de alabanza. Por el contrario, yo no habría

sabido diferenciar a unos de otros, ni sus trabajos o estilos. Sería una cosa de formación o interés.

*«Vamos a intentar disfrutar»,* interrumpió mi mujer, repitiéndose en mi cabeza.

Por sorpresa, noté la presencia de varias emociones en orden. De repente, me sentía algo triste. ¿Qué clase de petición era esa? No había cumplido los cuarenta y ya había conseguido que la mujer con la que iba a compartir mi vida tuviese que recomendarme la alegría. ¿Resultábamos yo mismo y mi presencia deprimentes, o era una cuestión pura de contexto?

Respiré profundamente, y al entrar en conexión con mi cuerpo descubrí mi pecho y extremidades tensos, firmes como vigas. Bajé la mirada. Vi mis manos clavadas en las rodillas. No me había dado cuenta. Volví a inspirar, y solté los brazos sobre mi regazo, ciñendo la mirada al escenario.

*«Mierda, las gafas».*

Forcé la vista. Afortunadamente, lo visual no era el principal aspecto de un concierto.

Los intérpretes tocaban con gracia. Nunca había prestado atención al hecho de que algunos parecían dar como pequeños saltos en el sitio. Los principales, más cerca del director, sacudían sus cabezas. Desde mi sitio lucían casi enfadados, pero pensé que debían de sacar algún disfrute oculto o, de lo contrario, no trabajarían de eso.

En un breve rato que no pudo prolongarse más de tres segundos, la sección de cuerda hizo algo insólito. ¡Qué velocidad! Busqué a mi mujer, para comprobar si lo había captado, siendo quizás solo imaginaciones mías.

La vi preciosa. Sus ojos claros, sin nadie en casa, perdidos entre las notas.

No amor, sino una culpabilidad viscosa e imponente subió desde mi espinazo, escalando cual araña hasta lo más vulnerable que escondía.

*«Que tenga que aguantarme estos berrinches...».*

A mi mujer realmente le gustaba aquello. No habríamos dejado de ir por ella, y nunca se le habría pasado recordármelo porque, cuando algo le hacía ilusión, volvía a la infancia y rozaba el capricho con adorable juventud.

Otro día cualquiera de agosto, pero cinco años atrás. Ese día celebramos el funeral de mi padre y había sido la última vez que lloré. Jamás habría creído que me vería conteniendo de nuevo el dique a presión en una noche tan normal, de calor y música.

*«Qué absurdo, no seas crío».*

Me recompuse, pero volví a frustrarme al percatarme de que, una vez más, había saltado varios pasajes de la obra que nos quería entregar la orquesta, perdido en mis tribulaciones. No me veía capaz de concentrarme. Los hechos me superaban como olas del rebalaje cuando las agita el poniente.

Los músicos repitieron una melodía. Acepté la segunda oportunidad y me abaniqué de nuevo. Pensar me acaloraba, y el maldito aire acondicionado debía de estar averiado.

Medité, medio inspirado por la Filarmónica, aupada por mis propias indecisiones. Quizás sería un buen regalo de aniversario comprarle a mi mujer el bono para el resto de la temporada. Y si era demasiado tarde, pues le invitaría a algunos conciertos, aunque fuese de vez en cuando. No podía desaprovechar la suerte que era querer a una persona fácil de complacer.

Cuando quise fijarme, la sombra de mi mujer parecía haberse alargado, engulléndome en el proceso.

Finalizó. Ravel se marchó de nuevo al pozo, mezclado con todas esas cosas que no entendía del todo. Si tuviera que explicar a qué me recordó lo que escuché, lo habría descrito como mi infancia en las casitas de pescadores tras la zona comercial de Pedregalejo, las noches tirados en la calle comiendo pipas, leyendo, y la sensación de que todos eran familia, sin importar próxima o lejana.

Eso me decía a mí Ravel, pero estaba convencido de que no era lo que el hombre querría transmitir.

—¿Te ha gustado?—preguntó mi mujer, susurrándome al oído.

—Está bien.

—Es genial. ¡Y ahora, Mahler!

—A ver qué tal.

Me puse cómodo. El asiento parecía más suave, y recogía mi espalda maltrecha con cuidado.

—Realmente Mahler no es un romántico—dijo la señora que se sentaba detrás—. Ese término está muy denostado ahora mismo. Muy pocos supieron capturar su esencia, como hizo Abaddo, por ejemplo. Su estilo es de un realismo madurado, avanzado a sus contemporáneos.

Contuve una carcajada. ¿Se podía ser más pedante?

Con la certeza de que una persona así no habría dejado pasar la más mínima falta, comprendí que la Filarmónica había tocado bien, y me alegré por los que realmente vislumbraban esos matices. Para ellos tendría que ser una experiencia muy estimulante.

Arrancó el primer movimiento y, de inmediato, algo cambió. Quizás más predispuesto, los sonidos del viento metal me arrojaron directamente a mundos desconocidos. De lo fuerte a lo flojo, marejadas iban y venían, y casi intuí verlas. Me hizo pensar en noches más agradables, y paseos por la playa de Torre de Benagalbón. Me gustaba especialmente que no estuviera tan saturada como otras zonas.

*«Pues no está mal esto».*

—Van muy rápido—espetó de nuevo la señora mayor.

Se le pudo escuchar claramente. Mi mujer la fulminó con sus ojos. Si su educación hubiera sido otra, estaba seguro de que le habría recriminado. Supe interpretar esa mirada, camuflada bajo una sonrisa incómoda.

Fue en ese momento cuando tomé la decisión de decirle a la señora un par de cosas cuando acabase el concierto. Alguien debía hacerlo.

Torcí la cabeza a un lado, y mi cuello crujió. La sección de cuerda iba ganando terreno, encabezando la obra. Curiosamente, sonaba tal y cómo me había hecho sentir el comentario de la maleducada esa.

Lo había intentado. Dios no diría lo contrario. Había puesto de mi parte para pasar el mejor rato posible, pero ya no había remedio. El tiempo, la gentuza, las prisas... todo parecía hecho para incomodarme. El mundo no giraba a mi alrededor, y no conspiraba tampoco en mi contra, pero a veces daba esa impresión.

Unos diez minutos después, lentitud. Con ganas de irme, y por capricho del destino, el primer movimiento tomó un compás pausado, con lo que podía ser un arpa dando el broche de oro a la sorna.

*«¿Ahora qué vas a decir? ¿Van lento o rápido?».*

Me vibró el móvil en el bolsillo. Nadie lo oyó. ¿Qué querría David? Ya le había dicho todo lo que me había preguntado. ¿Acaso no cenaba?

Abrí el abanico y lo agité con más fuerza. Me daba igual si molestaba a alguien. Tenía mucho calor, y el enfado solo lo empeoraba. Mi prisión de arte no tenía fin; jaula bonita, sin duda.

La Filarmónica aceleró de nuevo, y Mahler empezó a resultarme dramático e intenso, como una ópera sin palabras. Busqué en todas direcciones una reacción, porque estaba convencido de que cada vez se escuchaba más fuerte.

Encontré todo tipo de rostros, pero ninguno parecía alterado, algunos más fuera de sitio que otros. Posé ambas manos sobre mis piernas. El volumen seguía aumentando.

*«No puede ser solo cosa mía».*

Reprimí el deseo de taparme los oídos por no parecer descortés. Esa plaza ya la ocupaban otros esa noche. No obstante, ese era el nivel que había alcanzado la orquesta, y mi imaginación no era tan vasta como para convencerme de tal acontecimiento.

Fui separando la espalda del respaldo, contra mi voluntad. Me estaba acercando como por empuje de la misma gravedad al escenario. Un vértigo poderoso me descompuso. No podía parar, la Filarmónica ganaba terreno. Mi pecho tiraba hacia delante, con la sensación de estar próxima la caída.

Traté de hablar, pero fui incapaz. Noté el goterón de sudor por la sien y la camisa empapada. Mis sentidos pugnaban por protegerme, pero mi cuerpo se movía solo.

*«¡María!»*, llamé en silencio a mi mujer.

Nada. Finalizó el primer movimiento, y yo que era ya parte de la Filarmónica. La miopía había desaparecido, y mi vista alcanzaba las cuerdas frotadas y su danza. Cuando empezó la segunda parte eran solo para mí una explosión de fuego flamenco.

Fijo, ¿cómo saber dónde estaba? Mis ojos clavados en los músicos, bien podía estar levitando sobre el escenario, subido ahí mismo, o en la cama de un hospital alucinando.

Dio la impresión de que empezaban de nuevo desde el principio. Ravel, insatisfecho, había echado a Mahler de la sala en un curioso duelo de personalidades. No notaba mi cuerpo, y entonces di con la respuesta.

Era música. Yo mismo.

Desarmado, tuve una larga batalla contra los hechos. Tan ligero como una nota de oboe y una hoja cabalgando los vientos de otoño. Contemplé la posibilidad, mientras las melodías me movían de un lado a otro de la sala, de que no volvería a hablar con María. ¿Qué haría ella sin mí? ¿Cómo sería su vida?

Una imagen se superpuso sobre la otra. Frente a frente, con sus ojos atravesando porque miraban más allá de mí, volví a verla. Su sonrisa ocupaba el ancho del Cervantes, más hermosa que él bajo las luces. La réplica fue contundente:

*«Estaría perfectamente sin mí. Puede que hasta más feliz».*

Me rendí. No quise saber más de la noche. Cerré los ojos para poder deshacerme de la mirada de la Filarmónica, y durante una eternidad fui solo sonido. Entré en bocas, oídos y manos ajenas. Saboreado, aceptado y rechazado. De acabar así, hubiera preferido ser una ola, que surge, se rompe y vuelve a la mar adoptando formas nuevas cada vez. No habría sido una mala vida, grabando distintos nombres en jábegas, siendo a veces fuerte y a veces débil, presente en un ciclo sin fin, lluvia en invierno y refugio en verano.

Con mi rendición, me acerqué más a los músicos en alma de lo que jamás habría conseguido a través de simple escucha. También entendía a Mahler. No tenía que imaginar qué deseaba transmitir o expresar, porque me transformé en producto de su espíritu.

Mahler y Ravel no escribían pensando en ideas o momentos. Escribían música, y esta decía todo lo que las palabras, en su limitación, no podían. Nos usaban a nosotros, y quizás el resto de notas eran personas como yo.

Asentí, abriendo los ojos. Volar no me daba vértigo, solo era cuestión de acostumbrarse.

Hecho a la idea, fui aprendiendo durante la sinfonía a marcar mis propios movimientos, de iniciativa única, mezclándose con los dictados por la música. Las corrientes susurraban una poesía hermosísima que me hizo estar orgulloso de la tierra por la que siempre había vagado. Los contrabajos, en su tono ronco, me recordaban a mi padre, fumador hasta el día de su muerte. Un *andante* amoroso, puro ritmo, a mi madre. Y entre todos ellos, como reina, a María. Tras tanta decepción me llenó de felicidad ser por fin parte de algo que conseguía llegar a lo hondo de su corazón.

«¡Mírame!»

La Filarmónica me lo transmitió en una llamada directa y sin medio alguno: habíamos llegado al Rondo final.

Se me pasó en un suspiro, de estar pasándolo tan bien. Los aplausos y el fin, tan súbito y cortante, me entristecieron.

—¿Qué tal?

Me volví hacia el lado, sentado en el asiento, mientras el público daba la ovación en pie. María se sorprendió por mi reacción. No sabría decir qué cara había puesto.

Con torpeza me levanté y aplaudí también, dejando la pregunta en el aire. Los músicos saludaron por secciones, invitados por el director, y finalmente hicieron una reverencia conjunta.

Mientras los más apresurados empezaban a salir de la sala, contemplé hacia atrás. Vi a la señora que había estado molestando todo el espectáculo.

Nos observamos en silencio.

—Buenas noches—dije.

La mujer hizo un gesto de aprobación en silencio, y tomada de la mano de su esposo, abandonaron el teatro.

—¿Vamos?—preguntó María.

Asentí, ajustándome la camisa y dejando que saliera ella primero.

El recorrido hasta el parking fue en absoluto silencio, y pude ver por su caminar, siempre por delante, que estaba más que satisfecha. Volví a sentir un gran orgullo.

*«Tú no has tenido nada que ver. Es cosa de la música».*

Bajé las escaleras apoyándome en la barandilla. Había un par de parejas más pagando, y sus conversaciones resultaban mudas. Aboné los euros en el parquímetro y susurré:

—Es cosa de la música.

—¿Has dicho algo?—preguntó María.

Negué con la cabeza. Fuimos al coche y salimos de allí. Dando la vuelta por Dos Aceras volveríamos al parque, para llegar de nuevo al paseo marítimo.

Bajé las ventanillas para disfrutar de la brisa, ahora que el terral parecía haberse calmado. Generalmente habría usado el aire acondicionado, como se debe hacer en días así.

Me apetecía.

—No me has respondido—dijo María, sonriendo.

Medité durante un segundo.

—Es verdad.

—¿Entonces?

—Te queda muy bien el vestido nuevo.

Supe que iba a decir algo, pero se calló. Luego, se quitó los zapatos y apoyó los pies en la guantera, aprovechando que podía echar el asiento hacia atrás.

—Me gusta mucho escuchar música contigo—dijo, finalmente.

Tocando el ritmo del último movimiento de la sinfonía con mis dedos sobre el volante, sopesé la respuesta:

—A mí también.

Cuando llegamos a casa, María subió a la habitación. Conociéndola, seguramente se ducharía y desmaquillaría antes de acostarse, lo que llevaría un rato.

Mientras tanto, me escapé sin que pudiera darse cuenta y bajé al sótano. No encendí la luz, intuyendo los escalones.

Cerré la puerta, y ya allí pulsé el interruptor. Montañas de papeles, archivos y trastos sin usar apilados unos sobre otros. Lo usábamos desde hacía unos años como trastero, aunque no hubiese sido su función original. Por encima de todos ellos, el fluorescente se ausentaba y volvía, intermitente.

Rebusqué en uno de los viejos armarios, hasta que encontré lo que buscaba. Abrí la ranura posterior, y comprobé que tenía las pilas puestas.

«*Genial*».

Tardé lo menos cinco o seis minutos en encontrar dónde estaban los CD, en una disquetera con forma de balón de baloncesto. Cuando me decanté por uno, lo introduje y pulsé el botón de encendido.

Tras unos aplausos, la orquesta empezó a tocar la *Heroica* de Beethoven. Miré al techo y la dichosa bombilla colgante, meses que llevaba ahí acumulando polvo con su tintineo permanente.

Cogí la caja de herramientas y me subí a una silla de madera algo carcomida por el tiempo. Apagué la luz y me apoyé de una linterna para alumbrarme. Desenrosqué la bombilla y la dejé a un lado. De una caja saqué otra.

En el cristal impoluto, vi reflejada una sonrisa.